

RESEÑAS

EL TALLER DE HUGO GOLA.

DOS ATISBOS MEMORIOSOS

De Moira Bailey Jáuregui y Juan José De Giovannini

México, E1 Ediciones, 2017

Iván García López

Universidad Nacional Autónoma de México

Se doctoró en Letras en la UNAM. Ha traducido a Milo de Angelis, Forugh Farrojozad, Tatsumi Hijikata, Paulo Leminski, Bruce Lee y Eugenio de Andrade, entre otros. Como antologador, recientemente publicó Una vida sencilla, del poeta Hugo Gola, y prepara un volumen de poesía mexicana para la colección "Palabras Andantes" de Río de Janeiro. Es profesor de poesía en la Universidad Iberoamericana y traductor literario en el diario La Jornada.

Contacto: garcialopezivan@yahoo.com.mx

Recientemente se publicó en México *El taller de Hugo Gola. Dos atisbos memoriosos*, de Moira Bailey Jáuregui y Juan José De Giovannini. Ambos fueron alumnos de Gola a principios de los ochenta en la Universidad Iberoamericana y sus escritos giran en torno a la docencia que desarrolló el poeta, la amistad que mantuvieron con él a lo largo de varias décadas y el lugar preeminente que la poesía ocupó en todo ello. El libro no se propone hacer un estudio del magisterio o de las perspectivas poéticas de Gola, sino ofrecer una mirada evocativa. Sus atisbos, que nos acercan al poeta desde un registro indirecto, anecdótico y personal, son una fuente de interés para el ámbito académico y se suman a otros testimonios de ex alumnos, como el de Luis Priamo (“*Racconto* con fotos fijas”), quien fue alumno de Gola en el antiguo Instituto de Cine de Santa Fe, en los años sesenta.

Evocar, dice el colombiano Édgar Garavito al hablar de su maestro Gilles Deleuze, “es precipitar una comprensión por la vía de los afectos. Una vocación no debe confundirse entonces ni con una presentación conceptual ni con una biografía [...]. No propone una comprensión conceptual, aunque los conceptos estarán latentes y en ocasiones aflorarán a la superficie del discurso” (Garavito, 1999: 291). Y justamente así son los atisbos de Bailey Jáuregui y De Giovannini sobre Gola, una comprensión mediante el afecto, donde las ideas y las percepciones van aflorando, pero al calor de lo evocativo. Los dos relatos que componen este libro –“Ese constante goteo”, de Bailey Jáuregui, y “Hugo Gola, el narrador”, de De Giovannini– tienen la virtud de traer de vuelta a su maestro y de ponerlo en perspectiva a la luz de los años y de su propio crecimiento. Por otra parte, sus ideas centrales son muy agudas, pero a la vez, a mi parecer, presentan algunos aspectos discutibles.

En su relato, Bailey Jáuregui –profesora, narradora y traductora boliviana– aborda algunas experiencias de las clases formales del poeta, pero sobre todo se concentra en el taller de lectura y escritura poética que éste dio primero en las aulas de la Universidad Iberoamericana y luego en un departamento al sur de la Ciudad de México. Ella, a decir verdad, sólo toca por accidente la poesía de Gola, pero es imposible no conectar algunas de sus impresiones y reflexiones con la obra escrita del protagonista. La reflexión en torno a la cual articula todo su texto es muy interesante:

Coleridge buscaba hacer un todo de la narrativa, “hacer que los hechos adoptaran un movimiento circular” y Gola hacía algo parecido. *Para él la poesía era una especie de recorrido en curva* [...]. En una lectura de poemas, ya de vuelta en Argentina, que se difunde por YouTube, Hugo narra, con el tono y la lógica que siempre lo caracterizaron, pasajes de su juventud en un tren de segunda que iba de Santa Fe a Pilar y en cuyos solitarios trayectos escribió el único poema en prosa que se le conoce. Al finalizar, cuenta que todas esas imágenes vivieron con él toda una vida logrando, como las de Coleridge, formar un todo circular (Bailey Jáuregui, 2017: 17 y 28. Yo subrayo).

Es sorprendente que la autora perciba ese movimiento curvo a partir del trato regular en clases, porque el signo de la poesía de Gola es sin duda la elipse, la rotación, el giro, la resonancia, la espiral, como lo intuyó tempranamente Eduardo Milán y como lo fue desarrollando Jorge Monteleone. Me permito, sin embargo, discrepar un poco. Revisé de nuevo el video referido y no hay alusión alguna a “esas imágenes [que] vivieron con él toda una vida” hasta “formar un todo circular”. Y no la hay, seguramente, porque no hay círculo en Gola. Hay “el círculo de fuego”, hay “los círculos rojos del alba”, hay los “círculos fragantes” de ciertas esferas, hay los “círculos perfectos” de los vuelos celestes, hay el “círculo puro” como “indicio”, “augurio” o “clave”, pero todas esas alusiones remiten a un plano mitificado y en equilibrio, distante –por lo menos en la obra de Gola– de las posibilidades humanas. No hay esa forma en equilibrio que es el círculo, sino *una especie de recorrido en curva*. No hay “un todo circular” para el poema, sino “vueltas y revueltas de la sangre” (Gola, 2011: 13), borras en espiral sobre la página. Gola, como dice la autora, hace *algo parecido* al círculo, pero es en esa mínima diferencia donde el poema se libera y cifra su marcha. Del primero al último libro, lo que vuelve es lo natal, pero no como vuelta perfecta, sino como ritornelo: envuelto en bucles, giros, nudos que, “en función de las fuerzas activas que albergan”, se abren al futuro al hilo de una canción (Deleuze y Guattari, 2002: 318ss).

Con todo, la impresión de la autora evidencia una sensibilidad muy aguda. Es interesante cómo va tejiendo sus *atisbos memoriosos* –tanto aquellos sobre Gola como los propios a la luz del “eco” de su maestro–, cómo se van mezclando conjeturas y

perplejidades acerca de la vida, con la poesía como centro. Así se van formando las propias espirales de la autora:

Todavía ahora me es imposible leer a Huidobro, Vallejo o los versos de *Residencia en la tierra* sin entregarme a ese acento argentino [...]. ¿En qué parte de mi memoria estará guardado *ese eco*, que sólo aparece cuando leo esos poemas y que, a juzgar por su fuerza, nunca va a desaparecer? Los eventos de nuestra vida tienen cierto efecto cuando suceden, pero con el tiempo algunos de ellos regresan para formar, con su presencia reiterativa, estelas a veces apenas perceptibles en el recuerdo y la práctica de cada día, pero que esculpen nuestro verdadero rostro. Mi encuentro con Gola es uno de esos eventos que no ha dejado de hacerse presente a lo largo de mis actividades y la definición de mis intereses, y tiene por ello un efecto perceptible en el conjunto (Bailey Jáuregui, 2017: 12s. Yo subrayo).

Llama la atención el camino que sigue la docencia de Gola – *hacerse eco*, empozarse en la estudiante y desde allí reaparecer para incidir en el trazo del rostro verdadero–, pues su poesía opera de un modo parecido. Es siempre lo remoto lo que despierta, describe una curva, abraza lo presente y reaparece de un modo “más vivo que todo / lo vivido” (Gola, 2004: 348). Tal vez por ello la autora percibe que Gola “estaba cargado de un conocimiento intuitivo, que parecía venir de muy atrás” (15). Su poesía insiste en un peregrinar hacia los fondos, donde se revelan “los tonos secretos” del poema (Gola, 2011: 15), y eso es al parecer lo que también enseñaba.

La evocación de Juan José De Giovannini –editor, productor de radio y periodista mexicano– propone una lectura inesperada e interesante, aunque también discutible, en torno a la narrativa de Gola. Su primer contacto se remonta al taller que dio este poeta en la casa de Manuel Altolaguirre en Coyoacán, donde décadas atrás había vivido Luis Cernuda. Aunque asistió una sola vez, quedó en él una huella significativa (lo que lo animó a retomar el taller años más tarde en otro sitio):

Las dos o tres horas que permanecí [en esa casa] fueron suficientes para entender la labor de un maestro de la poesía. Recuerdo muy bien la manera en que Gola atrajo la atención de todos en cuanto comenzó a hablar, como el sacerdote de un rito que no comprendí en ese entonces. Un rito que tenía como centro espe-

cial a la poesía y era mantenido por *la enorme capacidad narrativa de Gola*, de la que, por cierto, *no quedó constancia escrita alguna* (De Giovannini, 2017: 32. Yo subrayo).

Más allá de la alusión a cierta atmósfera sacerdotal creada por la voz del poeta –de la que también han hablado varios otros ex estudiantes–, atrae su enfoque en lo narrativo, pues hasta ahora, me parece, no se ha tratado entre los críticos de Gola. Aunque la reflexión de De Giovannini parte de una experiencia conversacional y docente, él está pensando en términos de un texto: “Tal vez alguien haya registrado y luego transcrito alguna de esas charlas, es posible. A lo que me refiero cuando digo que no quedó constancia escrita alguna es a que Gola no escribió un texto narrativo, el grueso de su escritura fue la poesía y algunos ensayos, pero jamás *algo que fuera al menos semejante a una narración*, un cuento, por ejemplo, y mucho menos una novela” (2017: 33, yo subrayo). La observación es interesante y estimula a la reflexión.

Sin duda, Gola no escribió un cuento, ni una novela. Pero lo narrativo demanda una revisión más profunda. Por una parte, Gola escribió un único poema en prosa, que por lo menos habría que tener en cuenta al abordar el tema propuesto. Por otra, están las memorias sobre Juan L. Ortiz y Juan José Saer, que son una suerte de ensayos empapados en lo narrativo más que en lo analítico. Tampoco podemos olvidar sus cartas (algunas de ellas están publicadas). O *Prosas*, escrito en el tono de diario o bitácora de lecturas. ¿Qué es eso *al menos semejante a una narración*? ¿Sólo un cuento o una novela? El horizonte de esa *semejanza* debe por lo menos considerar aquellos otros registros.

Si nos acercamos a su poesía, el problema se complejiza aún más. Quizá sólo William Rowe y Tania Favela han tocado lo narrativo en los poemas de Gola, aunque para negarlo: “Gola rechaza cualquier resolución narrativa [de la dictadura argentina]”, dice Rowe sobre *Filtraciones* (2002: 101); “Gola no traza una línea para cantar-narrar, no acumula hechos para tejer [la] historia”, dice Favela sobre *Resonancias* (2015: edición digital). Efectivamente, no hay, sobre todo en *Filtraciones*, la inclinación a narrar en un sentido digamos convencional: “Nada fue allí. Nada hubo. / Nada allí pudo ser. Se creía. / Pero no. Nada fue” (Gola, 2004: 250). En la poesía de Gola, sobre todo a partir de *Siete poemas*, aparecen recursos como el montaje, la espacialización de

los versos y un decir entrecortado, que perturban la sintaxis habitual y la construcción de imágenes. Pero esto no necesariamente significa que no haya narración. Consideremos, como punto de partida, dos declaraciones inquietantes del propio Gola: “En el poema extenso puedo narrar, pensar” (en Freidemberg, 1989: 11), “a partir de *Siete poemas*, ya no [hay] la ráfaga sino la narración” (en Díaz, 2018: edición digital). Si repasamos esos poemas largos, podemos ver que, en efecto, asoma lo narrativo, entretelado con otros discursos, y que esta posibilidad la da precisamente el montaje. Aunque en mi opinión lo narrativo sí figura desde antes de *Siete poemas* (considérese el poema “Una mañana como las de tu infancia”) y que la “ráfaga” en sí no desaparece, es claro que adquiere su espacio con la llegada de ese libro. Consideremos además que la narración en la que está pensando es “anormal”, y que es desde esa anomalía que la narrativa puede incorporarse al flujo de lo poético. No en vano, para él, la escritura de Virginia Woolf –como la de Rulfo–, manifiesta una carga o saturación inconfundiblemente poética: “Aunque Virginia Woolf escriba novelas, éstas están más cerca de la poesía que de la prosa narrativa ‘normal’. Su búsqueda es la del poeta. Ella es poeta, aunque escriba novelas” (Gola, 2008: 115s). A la inversa, podríamos decir que Gola también narra, aunque escriba poemas. Sus poemas no son ajenos a una narrativa anormal.

Cabría entonces, por lo menos, matizar la afirmación de De Giovannini acerca de que *no quedó constancia alguna de la capacidad narrativa* del poeta. Incluso, habría que señalar que no es indispensable que la sintaxis se vea particularmente alterada para identificar una narrativa vinculada a lo poético. Hay varios poemas de Gola que ilustran este aspecto: “tuve / sin embargo / días fulgurantes / –de eso me acuerdo– / que persisten / alados / que respiran / y me hablan / las carreras cuadreras / por ejemplo / la fiesta del pueblo / con bandas y bombas / y sortijas” (Gola, 2010: 28).

Si revisamos otros pasajes de su obra general, podremos ver que el tema no es secundario para Gola. Por ejemplo, en el prólogo sobre Ortiz, percibe una confluencia entre lírica y narrativa: “Tenemos la impresión de hallarnos ante una red de palabras [...] semejante a esas inmensas construcciones que las arañas pacientemente entrelazan [...]. Estas sucesivas ampliaciones le exigieron a Ortiz una modificación en su trabajo. Le obliga-

ron a escribir poemas cada vez más extensos y complejos, vecinos a la narración, aunque distantes de toda narrativa más o menos convencional”. Y si es cierto, como señala Monteleone, que al describir esa trayectoria Gola “reconoce un modelo de poeta en el cual se proyecta” (2004: 359), es obvio que allí va implícito el actuar narrativo, que luego desarrollará por su cuenta.

Ya el propio Ortiz, en una entrevista, había señalado que “la poesía es narración de ciertos estados íntimos”, entendiéndolo por narración, quizá, un recorrido fluvial del lenguaje que atraviesa y manifiesta esos estados (en Rapacioli, 2016). Esto lleva a decir a Osvaldo Aguirre que “la poesía como forma de narración, anticipada por Ortiz, es una búsqueda de los escritores del presente y uno de los motivos de la actualidad de la obra de Ortiz, que anticipa o más bien inaugura esa línea, [la de] la convergencia de lírica y narrativa, la exploración de la poesía como forma narrativa, o de las posibilidades poéticas de la narración, que encontramos por ejemplo en *El Gnaleguay* y en otros textos” (en Rapacioli, 2016). Es obvio que entre esas búsquedas posteriores hay que ubicar a Gola. Sobre todo si consideramos que, ya como editor en México, continuó abrevando en esa línea, pero ahora en relación con la poesía norteamericana de vanguardia, como lo revela en la presentación del segundo volumen de *El poeta y su trabajo*: “[Elegí], en primerísimo lugar, a quien [...] introdujera en sus extensos poemas secuencias líricas, épicas, *narrativas*” (Gola, 1983: 10. Yo subrayo). Ahí podemos ver que, por distintos flancos, Gola estaba tratando este problema.

Por suerte, De Giovannini lo ha puesto de nuevo sobre la mesa, a partir de las reuniones y las clases con Gola. Aún así, es importante atender las reflexiones que influyeron al poeta y las que éste aportó al respecto. Como suele suceder con Gola, las distintas líneas de su escritura no se excluyen entre sí, van entremezcladas. Hay un único tono que sostiene y hace convivir a todo su trabajo. Esto me lleva a matizar otra observación de De Giovannini:

Una vez que [Gola] tomaba la palabra, daba inicio lo que podría llamarse el espectáculo de la inteligencia y de la intuición poética. Su primera frase siempre era la indicada para conseguir que nuestra atención se concentrara en lo que él iba a decir. Por supuesto

que no era sólo el significado, sino las palabras elegidas las que nos invitaban a seguirlo en la elaboración de una historia donde la protagonista era la poesía. Otros podrían ver en ese ejercicio de improvisación el desarrollo de ensayos perfectos, yo en cambio veía historias que se entrelazaban (De Giovannini, 2017:46).

Desde luego, cada estudiante ve sus clases desde su posición e intereses. Pero creo que, con respecto a Gola, a menudo se nos insiste en un tercer camino, más nebuloso, donde lo ensayístico y las historias, entre otros elementos, lejos de excluirse, se entremezclan. Es interesante pensar, por ejemplo, en algunas de sus lecturas preferidas: las memorias de Balthus; *El imperio perdido*, de José María Pérez Gay; los ensayos de James Laughlin; algunos libros de Guillermo Enrique Hudson; ciertas cartas y estudios de Teilhard de Chardin, etcétera. Son textos distendidos, con historias, incluso autobiográficos, sin desmedro de su calidad analítica. Todo pareciera quedar recogido, de nuevo, por una curva, un giro. Y así parecen haber transitado también las charlas de Gola, no sólo con historias entrelazadas o con ensayos perfectos, sino en el ritmo de un entrelazamiento hospitalario y heterogéneo.

Por descontado, se agradece la calidez narrativa de De Giovannini y su sensibilidad para ir captando las resonancias de Gola en su memoria. Además, celebro su definición de principios en el medio literario, porque eso era clave en Gola: había poética, pero también una ética, que a su vez tiene mucho de Ortiz. Si Gola escribe: “no sé trepar / ni arrastrarme / ni hacer piruetas” (2004: 224), su ex alumno responde:

De pronto entendí, casi de golpe, que [...] era necesario saber manejar muy bien las relaciones públicas, si se aspiraba a ser medianamente conocido en un ambiente donde todos peleaban contra todos [...]. Definitivamente, eso significaba perder la compostura y no era lo que yo quería [...]. Ahora entiendo que haber tratado de iniciar una carrera literaria de la misma manera en que lo hacían todos, es decir, abriéndome paso para conocer a las personas adecuadas, era para mí como poner los pies sobre la tierra y ceder. Ese no era mi deseo [...]. Me replegué y decidí que yo no iba a entrar en esa lucha por sobresalir (De Giovannini, 2017: 34s).

Es muy refrescante ver eso en un ex alumno de Gola. Aunque quizá De Giovannini se ha excedido un poco en su repliegue. Recuerdo que en 1993 publicó un libro notable de poemas y que llevaba una cuarta de Gola muy provechosa. Es una lástima que después de 25 años aún no tengamos una nueva publicación.

Volviendo a su texto, se agradece que repare en el valor de la conversación, de la plática afable y cotidiana: “Por años acudí a verlo por lo menos una vez al mes. Para mí era algo necesario, una vez que charlaba con él me sentía reorientado y en paz con mi entorno [...]. A nadie he conocido que, como él, disfrutara tanto del placer de la conversación” (De Giovannini, 2017: 50s). Ya no eran las clases, ni las charlas de taller, pero una especie de río en torno a la poesía y la vida continuaba. Con su evocación de Gola, pareciera insinuarse que había un espesor afectivo de la palabra, que sonaba y sanaba, como asimismo se dice de ciertas prácticas antiguas y al que el poeta alude en *Prosas*. Al final, la palabra que surge y flota en la charla, tiene mucho en común con la palabra de sus poemas, como si compartieran un mismo fondo. Con respecto a ello, si su plática y su presencia eran tan valoradas, no se debía en principio a ningún tipo de elocuencia, sino a que conocía un secreto: “Gola era un excelente conversador, porque sabía escuchar”, como se sostiene en una nota de este libro (7).

Por último, la edición del libro es sencilla y sin estridencias, con una ilustración muy bien elegida (una pipa y un estuche de lentes inconfundible que, en efecto, nos hacen recordar al poeta), además de una caja y una tipografía afables, a tono con la obra del protagonista.

BIBLIOGRAFÍA

DELEUZE, GILLES Y FÉLIX GUATTARI. “Del ritornelo”. *Mil Mesetas*. Traducción de José Vásquez Pérez. Valencia: Pre-Textos, 2002.

FAVELA, TANIA. “El rumor de lo real en los poemas de Hugo Gola”, *Revista Laboratorio* (2015). Disponible en línea: <<http://revistalaboratorio.udp.cl/el-rumor-de-lo-real-en-los-poemas-de-hugo-gola/>>. Fecha de consulta: el 16/08/2018.

FREIDEMBERG, DANIEL. “Descubrir el mundo de las cosas. Entrevista a Hugo Gola”. *Clarín*, 26/10/1989.

GARAVITO, ÉDGAR. “Evocación de Gilles Deleuze”. *Escritos escogidos*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 1999.

GOLA, HUGO (ED). *El poeta y su trabajo*. México: Universidad de Puebla, 1983.

---. “Prólogo”. *En el aura del sauce. Antología de Juan L. Ortiz*. México: Universidad de Puebla, 1987.

---. *Filtraciones. Poemas reunidos*. México: FCE, 2004.

---. *Retomas*. México: Aldus, 2010.

---. *Prosas*. Córdoba: Alción, 2007.

---. *Resonancias renuentes*. Buenos Aires: Ediciones en Danza, 2011.

DÍAZ, RAFAEL-JOSÉ. “Cinco preguntas a Hugo Gola (1997)”, *Vallejo & Company*, 06/02/2018. Disponible en línea: <<http://www.vallejoandcompany.com/5-preguntas-a-hugo-gola-1997-por-rafael-jose-diaz/>>. Fecha de consulta: el 16/08/2018.

MONTELEONE, JORGE. “Hugo Gola, el develamiento del objeto”. *El oficio se afirma*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2004.

RAPACIOLI, JUAN. “Osvaldo Aguirre: Leer a Juanele nos hace ver de otra manera el mundo, nos vuelve más atentos”. *Telam*, 6/07/2016). Disponible en línea: <<http://www.telam.com.ar/notas/201607/154227-cultura-ortiz-poesia.html>>. Fecha de consulta: el 16/08/2018.

ROWE, WILLIAM. “Hugo Gola, poeta”. *Quimera*, 2002.